

TOALETA DE MUJER MADURA

Á la hora misma en que en el hotel de la de Aubinesco la revoltosa Edmée acababa por decidir á la vizcondesa á doblegarse á su infantil capricho, en la casa n.º 13 de la plaza de los Vosgos y en cierto tocador ya conocido de nuestros lectores, que en aquel momento se hallaba cubierto de telas policromas, de flores y de lazos, cuatro mujeres, jóvenes todas ellas, se agitaban y se movían en torno á otra que debía ser de esencia superior á juzgar por las marcas de deferencia y de respeto que las demás le prodigaban.

Apresurémonos á decir que esta quinta persona no era otra que nuestra antigua conocida la esposa van Bruges, baronesa contra la voluntad de los numerosos esposos que habían tenido la suerte de suceder al difunto barón de Palamonville.

Las cuatro mujeres jóvenes pertenecían á la acreditada corporación de costureras parisienses.

De común acuerdo entre ellas y comprendiéndose á media palabra, la patrona, su primera oficiala y dos ayudantas, se esforzaban por complacer á la colosal baronesa.

Estaban probándole, con trabajo inaudito, una especie de túnica, más bien corta que larga, de seda azulada con

frangas de oro, y flores de anchas peonías de un color rojo escandaloso.

Aun cuando era aún demasiado temprano para completar el tocado que debía hacerla irresistible durante el baile de aquella noche, y por más de que ella no podía excusarse, como las huéspedas del hotel de Aubinesco, con la loca impaciencia propia de la juventud, es el caso que los aún rubios cabellos de la baronesa, simétricamente arreglados al modo de los peinados que se llevaban en Egipto durante la época de los Faraones, hallábanse ya entrelazados con numerosas plumas versicolores que daban á la noble dama todo el aspecto de una distinguida salvaje de las montañas rocosas.

En honor á la verdad conviene consignar que para ir al baile animábala un solo nobilísimo propósito: el de ver si podía encontrar en él á su hijo, por ella olvidado durante tanto tiempo. De aquí que su excitación nerviosa, que se traducía en esas prisas un tanto risibles, resultara, después de todo, muy perdonable.

— Lo que más detesto, señoritas, — decía colocando en sus dedos numerosas sortijas, — es la extravagancia, ¿ sabe usted?... Colóqueme esa guirnalda de rododendros en la cintura, así... No sabe usted lo que le gustaban esas flores á mi primer marido... Y usted, pequeña, póngame ese *vergis mein nicht* en el hombro izquierdo.

— ¿ Qué quiere la señora que le ponga? ¡ No he comprendido bien!

— ¡ Jesús, hija, pues no es usted poco amanerada! Llámeme usted sencillamente señora baronesa. No hay nada que me encocore tanto como la gente pretenciosa. ¡ Baronesa! Es mi título, ¿ sabe usted? Mi casamiento posterior con el señor van Bruges no me lo ha hecho perder; aun cuando es un casamiento desigual.

— ¡ Buena suerte la que ha tenido ese caballero! — murmuró una de las dos ayudantas.

La dama linajuda hizo un ademán protector con su mano gordezuela y añadió.

— El barón de Palamonville era un gran señor, ¿ sabe usted?

— ¡ Sí que debía serlo! — afirmaron á coro las cuatro mujeres.

— Y como el azul celeste fué siempre su color preferido, por eso lo he escogido para mi traje. Ahora sepan ustedes que el *vergis mein nicht* de que hablaba hace un instante, es ese ramo de miosotis, la flor favorita de otro de mis esposos, el señor der Teuffel que siempre la llamaba así. ¡Es una flor preciosa! ¿Verdad que tenía buen gusto der Teuffel?

— ¡Exquisito! — se apresuró á contestar la modista. — La mejor prueba de ello está en que tuvo el buen acuerdo de distinguir, entre otras mil sin duda, á la señora baronesa.

Esta última, sensible á la lisonja, continuó animándose:

— Yo no sé aún cómo he podido decidirme á matrimoniarse una vez más. Figúrese usted, una mujer de mi rango llamarse madama de Bruges... Como si fuera un paquete de algodón, ó de sebo, ó de lana, en fin, una mercancía cualquiera... Las señoras de Brujas, que son envidiosas como ellas solas, se han divertido en popularizar ese nombre para hacerme rabiar... porque dicen que no soy noble... ¡Qué saben de nobleza esas infelices!... Para ellas la nobleza está enterrada en los sepulcros de Carlos el Temerario y de su hija María, y fuera de ellos no hay nada ni nadie que sea noble. ¿Habrá estúpidas?... A ver, amiga mía, ¿quiere usted pórnerme ese tallo de convólvulos en el hombro derecho?... Muy bien; sí, sí que está bien... Esta era la flor preferida de otro de mis esposos, Domingo Souza... Sencillita, ¿verdad? ¡Pero de un gusto!

La cuadrilla de costureras obedecía sin permitirse observación alguna, las órdenes de la baronesa. Y mientras que las dos ayudantas prendían con alfileres la guirnalda de rododendros, y la oficiala colocaba el ramo de miosotis en el hombro izquierdo y hacían lo mismo en el derecho con el de albohales las ayudantas, la baronesa, decidida á no perder el tiempo, había abierto una caja de cartón llena de cintas de seda.

Tomó ocho de ellas, calculando que era preciso ocupar las ocho manos que se empleaban en embellecerla, y poco tiempo después su busto enorme desaparecía casi bajo ocho lazos enormes destinados á satisfacer todos

los gustos, pues que allí aparecían todos los colores, del amarillo azafrán al índigo, y del verde tierno al verde obscuro de cobre oxidado.

Con acento flamenco que marcaba aún más su candor de niña, y haciendo cabrillear el reflejo de la luz en los diamantes del collar que cubría su opulento seno, enteramente visible gracias á un exagerado escote, la baronesa decía á las costureras que hacían penosos esfuerzos por mantenerse serias:

— Sospecho que á mi hijo le hubiera gustado encontrarme más elegante; pero ¡bah! no me costará trabajo convencerle de que yo soy una mujer todo sencillez, hasta en traje de baile.

— A la vista está, ¿sabe usted? — exclamó muy seria una de las ayudantas.

Sin comprender la ironía de la observación, la baronesa siguió dando sus instrucciones.

— En la túnica, y en el delantero de la falda, faltan lazos... Pónganlos ustedes, pero sencillitos. ¿eh?... Ayer, en el té de la vizcondesa de Aubinesco, el conde de Corpo-Santo me miraba con expresión singular, y no sé porqué tengo cierta esperanza... ¿sabe usted?

— Sí, señora, sí; comprendido; — contestó la costurera colocando el último lazo.

La baronesa miró consternada los cartones vacíos.

— ¡Sí que ha traído usted poca cosa como adornos! — dijo suspirando.

— Todas las cintas y flores que traía las tiene ya encima la señora baronesa... Sin embargo, aun me queda un surtido de coleópteros y de escarabajos...

— ¿Escarabajos? — exclamó en el colmo de la sorpresa la robusta dama.

— ¡Yo lo creo! Es la última moda; — afirmó la modista con algún recelo. Y es que le habían encargado que colocase como pudiera un remanente de bichos de cristal y mica, y no estaba muy segura de que la baronesa no se los tirase á la cabeza.

Pero no sucedió así. Antes al contrario; desde que la modista le hubo dicho: « las grandes señoras se colocan esos bichitos en todas partes », una sonrisa de triunfo iluminó el rostro de la obesa dama, quien señalando con

el índice orgulloso y gordezuelo las movientes magnificencias de su busto,

— Una mariquita aquí... — dijo. — ¡Con qué gusto la hubiera puesto por sí mismo en otros tiempos el difunto Palamonville!

Colocó la costurera la cochinilla ó vaquita de San Antón en el sitio en que el difunto Palamonville se hubiera hecho un deber de colocarla, y aguardó nuevas órdenes, que no se hicieron esperar mucho.

— Aquí un escarabajo y un cortón; y como á Domingo Souza le gustaban las hembras, en el buen sentido de la palabra, quiero también una libélula.

Hizo comprender la modista á su cliente que tal insecto no pertenece ni á la familia de los escarabajos ni á la de los coleópteros; y la baronesa, enojada por la contrariedad, más aún que por su ignorancia manifiesta, dijo con desagrado:

— Bueno, será como usted dice; pero no vuelva usted á presentarse en mi casa sin libélulas.

En este momento se abrió la puerta sin que nadie hubiese llamado, y el magnífico camarero Cherry-Cobler, que por lo visto gozaba de libertad omnimoda, apareció en ella:

— ¿Recibe la señora baronesa en su tocador? — preguntó con dignidad.

— Sin duda alguna ¿sabe usted? Como todas las damas nobles. Pero no quiero gente ordinaria ni mujeres, porque después todo son envidias y chismorreos... Si es un gentilhombre...

Cherry-Cobler, acostumbrado á tal lenguaje lo comprendió admirablemente. Sin dar tiempo á su ama para terminar la frase, se apresuró á anunciar:

— ¡El señor conde Enrique de Corpo-Santo! — Y se hizo á un lado para dejar el paso libre.

— Mi esperanza que se realiza, ¿sabe usted? — murmuró la dama gelatinosa al oído de la costurera. — ¡Me miraba anoche con tal expresión!... Pronto, esa cigarra... ese grillo... esa cantárida... ¿también resulta, verdad?

— Cuando se emplea en farmacia; — murmuró una de las ayudantas en voz bien perceptible.

La baronesa, como si nada oyera, fué á colocarse entre tres espejos.

— Retírense ustedes un poco, para juzgar mejor del efecto del conjunto, — dijo á las cuatro mujeres que se desplegaron en guerrilla.

— ¡Soberbio! — dijo una.

— ¡Incomparable! — añadió otra.

— Y todo sencillo, sencillito, ¿verdad? — preguntó la baronesa.

— ¡Sencilísimo!

— ¡Sin la menor complicación!...

— ¡Sin adornos de mal gusto!...

— ¡Y sin asomos de rebuscado; de un gusto exquisito!...

Esta última temeraria afirmación fué hecha por la costurera.

— Pues ya puede usted contarme en el número de sus clientes... Pero eso sí, con una condición; con la de que otra vez traiga usted más cintas y flores, y más plumas, y sobre todo libélulas; ¿sabe usted?

Cuando ya pasaban verdaderos apuros para contener la risa, retiráronse al fin las costureras, y entró el conde.

— Perdóne usted, amigo mío; — dijo la baronesa tendiéndole su mano que él tocó apenas con la punta de los dedos, sin duda porque nos hallamos ya muy lejos ¡ay! de la época de los galantes besamanos. — Me encuentra usted en tocado algo ligero, y la casa revuelta y como Dios quiere... Pero ya sabe usted que yo no vivo siempre en París; aquí vengo á posarme, de vez en cuando, como el pájaro en la rama.

Enrique debió pensar que para sostener un pájaro de aquel calibre, la rama de que ella hablaba debía ser de las más resistentes; pero no se atrevió á traducir en palabras la idea que pasaba por su cerebro. Además, aunque su aplomo era extraordinario, en aquel momento hallábase verdaderamente cohibido, no tanto por la visita que se veía obligado á hacer, cuanto por la inverosímil y extraordinaria toaleta de la pobre señora.

— Pero tome usted una silla; — añadió ésta cerrando sus dedos sobre los del conde y conduciendo á éste hasta una butaca próxima á la chaise longue, con paso

de gacela que arrancaba quejas á las maderas del entarimado.

Y cuando le vió sentado, añadió, como si quisiera completar sus excusas:

— Le esperaba á usted; sí, señor; y si no me ve usted más compuesta, es porque ya no quedaba nada más en los cartones... Los he vaciado por completo, ¿sabe usted?

— Usted está bien de todos modos, señora, aun sin esos adornos; — dijo el conde que comenzaba á comprender el carácter de su interlocutora. — Ayer noche...

— Ya sé, ya sé; — interrumpió ella apoderándose de una pantalla de terciopelo por encima de la cual sus ojillos brillantes lanzaron al conde una mirada casi lánguida. — Ayer noche, amigo mío, habló usted casi exclusivamente para mí, y me engañó, lo cual es muy feo.

— ¿Yo la he engañado á usted?

— Sí, señor; usted es corso, me lo dice mi corazón, ¿sabe usted?

Un ligero estremecimiento agitó al conde al oír las primeras palabras, pero se relizo enseguida.

— Sospecho que se equivoca usted lastimosamente, hermosa señora; — dijo. — Yo soy mexicano, como he tenido el honor de decir en presencia de usted, y no sé qué es lo que puede hacerle suponer que yo tengo interés en ocultar mi nacionalidad.

Decía esto Enrique porque habiendo tomado informes de la baronesa, conocía la monomanía de la misma pretendiendo reconocer á su hijo en cada hombre que le era presentado.

— Sin embargo — añadió mirándola fijamente — mi visita se halla relacionada con el joven corso que, según parece, busca usted con tanto interés.

El cerebro de la obesa dama convertíase en una veleta cada vez que se hablaba del misterioso objeto de sus ansias maternas. Abanicándose con la pantalla y olvidando que poco antes consideraba á Enrique como un hijo posible, exclamó suspirando:

— ¡Por el amor de Dios, conde, no abuse usted de un corazón de madre, de un corazón que sufre, ¿sabe usted?

Y con la mano libre desplegó un pañuelo con filigrana de oro y marca complicadísima.

— Se trata de que me diga usted... — comenzó Enrique.

Pero ella le detuvo con ademán majestuoso que hizo que temblasen no sólo el pañuelo y la pantalla, si que también todos los lazos, flores y escarabajos que la cubrían casi por completo.

— Ante todo, amigo mío, — dígame usted lo que sabe acerca de él.

Hizo el conde un gesto de impaciencia.

— ¿Acerca de quién? — preguntó.

— ¿De quién quiere usted que sea? ¡De mi hijo! Puesto que no es usted el que espero hace tanto tiempo, ¿viene usted á hablarme de él, sin duda?

— Señora baronesa, tenga usted la bondad de oírme un momento con alguna calma. Ayer, en casa de la vizcondesa de Aubinesco, comprendí cuál es el estado de alma de usted, qué es lo que busca, y qué es lo que desea... Pues bien, como son infinitos los hombres que en el curso de mis largos viajes me han hecho confidente de sus vidas, por pura simpatía hacia usted, y con el deseo de serle útil en algo, me he permitido venir para poner á su disposición mi conocimiento de los hombres y de las cosas.

El conde había dicho esto hablando rápidamente. Tal vez por eso, y con seguridad sin saber siquiera lo que decía, la baronesa exclamó:

— ¡Ah, si yo pudiera creerle á usted sincero!

Esta frase trivial, dicha así de improviso, sin que nada la hubiese provocado, pareció cohibir bastante á Corp Santo quien sin embargo replicó á su interlocutora.

— Se trata, señora, de que me diga usted cómo y en qué época le fué arrebatado ese hijo cuya ausencia llora; porque sin ese dato, verdaderamente fundamental, me ha de ser muy difícil, por no decir imposible, ser á usted de alguna utilidad.

La baronesa convirtió al cielo la mirada, acentuándose al mismo tiempo el bermellón de sus mejillas.

— Es toda una historia; — dijo después de suspirar estruendosamente. — Una verdadera historia de amor y

de juventud... La calumnia se cebó en mí en aquella época, y sin embargo, Dios sabe que mi alma era pura. Usted, hombre de mundo, no tendrá la crueldad de condenar á una pobre joven sin experiencia por una falta cometida precisamente porque ignoraba la importancia de ella...

— Si se trata de una historia, — dijo el conde arrellanándose en su butaca y colocándose contra la luz para poder ver mejor á su interlocutora, — empiece usted cuando guste: estoy dispuesto á escucharla con toda atención.

Apoderóse la baronesa de su bombonera, pensando tal vez que la pantalla y el pañelo eran insuficiente garantía contra la turbación que la dominaba, y luego se volvió poniendo bien en evidencia, sin intención alguna pecaminosa, y con candor infantil, el inusitado desarrollo de sus encantos.

— Tenía yo diez y siete años, — dijo con cierto esfuerzo — y llevaba más de un año de esposa pasiva, no obstante el éter, la poesía y mis deseos vehementes para serlo activa, del teniente Lampessadas, acantonado en Sarténe, cuando un día de primavera ví en una calle del pueblo al único hombre, al único, ¿ sabe usted? que ha conseguido hacer hablar á mi corazón...

Al decir esto la baronesa colocó la pantalla en el lado izquierdo del pecho, como si temiese algún imprudente movimiento del fácilmente conmovible corancito de que hablaba.

Por su parte, el conde permaneció indiferente, sin que se le ocurriese preguntar el nombre del feliz mortal que lograra conmover á aquella señora, incommovible bajo el punto de vista físico.

De la calle llegaban hasta el tocador gritos alegres; era que por la plaza de los Vosgos desfilaba en aquel momento interminable hilera de coches descubiertos, seguidos de jinetes disfrazados y máscaras á pie.

Eran las reinas de las lavanderas, ostentando á guisa de cetro la pala, insignia de un reinado tan alegre como efímero. Seguidas de su acompañamiento acababan de recorrer la carrera previamente anunciada.

Ninguno de los dos interlocutores que ocupaban el

gabinete-tocador parecía dispuesto á conceder la menor atención á la loca mascarada.

La baronesa hablaba, y hablando siguió largo tiempo, complaciéndose, como todas las mujeres ya entradas en años, en recordar hasta los más nimios detalles de la fogosa pasión de que fuera objeto. Nada hubo de omitir de lo que sólo para ella podía tener alguna importancia, siquiera fuese retrospectiva, y sólo se permitió la libertad de atenuar un poco los conceptos cuando habló de su aparente crueldad para con el niño abandonado, alegando como causas eximentes, ó por lo menos como circunstancias atenuantes de su culpa, su tierna juventud y el terror que le inspiraba su marido.

Atentamente escuchó el conde el relato de la baronesa, y puso buen cuidado en no mirarla mientras ella hablaba, tal vez haciéndose cargo de lo penoso que para la pobre debía ser aquella confesión, tal vez por alguna otra causa. Esto no obstante, por su semblante, indiferente y tranquilo en la apariencia, hubo de pasar más de una vez, durante el curso de la historia, algo así como el reflejo de los sentimientos de su alma, una expresión indefinible en la que el desprecio pareció mezclarse con la cólera. Y cuando se detuvo al fin la baronesa, fatigada por su largo relato, él, sin mirarla, y como haciendo un esfuerzo sobrehumano, hubo de preguntarle:

— Pues si, como usted acaba de decir, no ha vuelto á ver nunca más al hombre que se llevó el niño inmediatamente después de nacido ¿ cómo puede usted tener la loca esperanza de encontrar á ese hijo, cuyo nombre ignora, y cuya existencia no pasó tal vez del primer día?

— ¡ Cómo! Pero no le he dicho á usted... Se me habrá olvidado; — se apresuró á contestar la dama llevando la pantalla de su corazón hasta su cabeza. — No le extrañe á usted... Estoy que no sé ni lo que me digo... Pues verá usted: más tarde me enteré de que mi hijo había sido confiado á un matrimonio... El marido era carnicero-posadero, en un arrabal de Sarténe...

El conde de Corpo-Santo, hizo un movimiento al oír estas palabras.

— ¿ Y sabiendo eso no ha procurado usted verlo, una vez siquiera?

— A causa de mi marido ¿sabe usted? No se movía nunca del pueblo... Y vea usted lo que son las cosas, y lo que es el sino de las criaturas... Mi hijo, al que yo no podía ver, suprimió de un golpe la causa de nuestra separación, suprimiendo á mi marido, al cual mató por casualidad.

— Y entonces, ya viuda, se apresuraría usted...

— ¿A qué, á verle? Tampoco me fué posible, porque él no tuvo más remedio que ganar la espesura ¿sabe usted? Y más tarde... ¡vergüenza me da decirlo, pero no hay más remedio!... Más tarde lo acusaron de haber degollado á la mujer de su padre, que había vuelto de Argel, casado, fijando su residencia en Córcega.

— ¡Ah, vamos! Pues por lo visto, el hijo de usted es Enrique Sabelo, llamado también Bozzo? — preguntó el conde, mirando por fin á la baronesa.

— ¿Cómo puede usted saber eso? — interrogó ella á su vez, estupefacta.

Y todos los resortes de la chaise-longue crujieron á la vez, á consecuencia de la brusquedad del movimiento hecho por la gruesa dama para ponerse en pie.

— ¿Cómo puede usted saber eso?... repitió haciendo oscilar su vientre gelatinoso, y con él las flores, bichos, lazos y moños que la adornaban.

También se levantó el conde.

— Señora, — dijo con voz grave y lenta, mirando fijamente á la baronesa con mirada dura y fría: — no puede usted figurarse cuánto siento haber venido á verla. Vine porque estaba muy lejos de creer que se tratase de Enrique Sabelo, á quien conozco efectivamente, y que me ha referido muchas veces, con todos sus detalles, su mísera existencia.

La baronesa, emocionadísima, hubo de apoyarse en el velador, que tembló como si fuera un junco.

— Claro es que ninguna autoridad me asiste para dirigir á usted el menor reproche, y no he de incurrir en tal desafuero; permítame usted sin embargo que le diga, — añadió el conde — que el abandono de usted ha hecho del desgraciado que le debe la vida, un ser verdaderamente digno de lástima; porque siendo como es orgulloso, y habiendo tenido que devorar infinitas humilla-

ciones, se ha impuesto, para no tener que soportarlas más, una existencia aparte, huérfana en absoluto de todo afecto, y pletórica en cambio de peligros...

— ¡Pobre muchacho!

— ¿Qué diría usted, vamos á ver, si yo le asegurase que su hijo es un criminal... un bandido de la especie más peligrosa?

Las piernas de la baronesa temblaban de tal modo que casi se negaban á sostenerla. Afortunadamente para ella, hallábase cerca la butaca en que poco antes se sentara el conde. Este insistió en su pregunta.

— ¿Qué diría usted á eso? ¿Reconocería usted á ese hijo, sabiéndolo un criminal?

— ¡Pero Señor, esto es horrible!... Cómo quiere usted que le conteste así, de pronto... ¡Deme usted siquiera tiempo para reflexionar!

Esta vez no se tomó el conde la pena de ocultar el profundo desdén que sentía en aquel momento.

— Reflexione usted cuanto quiera; — dijo. — Así como así no me es posible ni aun presumir siquiera la resolución que por su parte adoptará Enrique Sabelo cuando yo le diga... ¡Si, reflexione usted, qué demonio! Ese traje me indica que piensa usted asistir esta noche al baile de la Opera; bueno, pues también él irá. Podrá usted reconocerle por su disfraz de Kadjar ó de Bajá de Janina, á menos que no haya cambiado de modo de pensar y se ponga otro traje. Conque, señora, dispénseme usted si he abusado más de lo debido de su tiempo.

Dicho esto, y despéus de un brusco saludo, CorpoSanto se dirigió hacia la puerta.

La baronesa no hizo nada para detenerle, porque el tono de sus palabras últimas había herido su susceptibilidad; pero cuando por cortesía quiso acompañarle, sus piernas se negaron á moverse, y cayó de nuevo en la chaise-longue murmurando con tono quejumbroso:

— Eso es una insolencia ¿sabe usted?

Nadie le contestó, por la sencilla razón de que estaba sola. Entonces dióse á pensar en que aquella noche, en el baile, podría encontrar al fin á su hijo, y su enojo contra el conde desapareció como por encanto. Una duda la atormentaba aún. ¿Qué disfraz era ese de Bajá

de Janina ó el otro de Kadjar de que nunca había oído decir una sola palabra? ¡Bah! tiempo tenía de enterarse antes de la noche...

Una puerta interior abrióse en aquel momento, y en el umbral de la misma apareció la regocijada figura de Jaime.

— ¡El paleta! — murmuró la baronesa con su delicioso acento flamenco.

— Este París es alegre como unas castañuelas, — dijo Jaime mirando y admirando á su carcelera; — hay máscaras por todas partes...

Era de ver el asombro con que el mocetón contemplaba la indescriptible toaleta de la baronesa, para él mucho más llamativa que las fofas rotundidades que el traje dejaba al descubierto. Pero su asombro hubo de trocarse en ruidosa jocundidad al ver cómo la linajuda y obesa dama le saludaba con ademán amistoso y protector, moviendo el robusto y desnudo brazo, aun de buen ver, aunque algo deformado por la grasa.

En el exceso de su turbulenta alegría dió una cabriola, sin detrimento para los muebles, y se puso á gritar con voz de trueno:

— ¡Manteca! ¡Manteca!

Dió un respingo la baronesa y ardiendo en santa indignación, colorada como un pavo, gritó á su vez:

— ¡Manteca!... ¿Qué impertinencia es esa? Yo no tolero esas libertades, ¿sabe usted?

— ¿Pero de qué se enfada usted, señora? — le preguntó Jaime sorprendido, y de todo punto incapaz de presumir lo que pudiera provocar la cólera de su protectora.

— Eso es, búrlese usted aún, por si no fuera bastante la grosería... ¡Ah! quién había de decirme... — exclamó con el mismo tono con que debió pronunciar César su famoso *Tu quoque* al ver á Bruto en el grupo de sus asesinos.

— ¡No se vaya usted á creer ahora lo que no es! — dijo el zagalón que comenzaba á comprender que la baronesa se creía insultada. — En nuestro pueblo decimos ¡Manteca, Manteca! como quien dice ¡alegría, alegría!... cuando estamos muy contentos, ó cuando tocan á divertirse...

Respiró ruidosamente la baronesa, y ya desarmada, dijo con amabilidad á su protegido:

— Si como dice y creo, no tuvo usted intención de ofenderme, queda perdonado. Y ahora dígame; ¿me encuentra usted en realidad bien vestida y guapa?

— Como guapa... lo que es como guapa no hay otra mujer como Noric, mi prometida, la que será mi mujer bien pronto; — contestó el mozo sin ambages. — Ahora, como divertida, y vistosa y regocijante, ¡vaya si lo está la señora!

— ¿De modo que te gusta mi traje? — insistió ella.

— ¡Anda, pues no me ha de gustar! Como que está magnífico, con tantos colorines... Lo que no me gusta son esas arañas que se le suben á usted por el cuerpo, que cualquiera diría que se encuentran á gusto entre tanta carne y tanta grasa...

Jaime hablaba de los escarabajos.

— Y á todo esto — prosiguió — aún no sé dónde me he de tropezar con mi marqués.

— No sea usted pesado, Jaime; — dijo la baronesa, ya reconciliada con el joven, no obstante la última transparente alusión de éste á la gordura de la ilustre dama.

— Espere aún algunas horas, ¿sabe usted?... Esta noche, esta misma noche pienso estrechar á mi hijo entre mis brazos. Pues bien, en cuanto lo haya hecho, le doy á usted las señas del marqués Trogoff de Kerbiroet... Por supuesto, usted viene conmigo al baile... Una mujer sola ¿sabe usted? se expone á mil peligros... Pues bien, ahí mismo, en el baile, cumpliré mi palabra, por más de que usted no me ha cumplido la suya.

Al decir esto olvidaba la baronesa que desde que llegara á su casa el infeliz Jaime lo tenía ella secuestrado, por lo que el pobre chico se habría visto en la imposibilidad de encontrar á quien buscaba aunque tal hubiera sido su deseo.

La puerta de la antesala se abrió en aquel momento dando paso á un hombre bastante feo, cuya presencia no creyó necesario anunciar el magnífico Cherry-Cobler.

Aquel extraño visitante no era otro que el legítimo señor y dueño de la baronesa, el flamenco van Bruges en persona.

— Amiga mía, — dijo contemplando la inverosímil toaleta de su mujer; — después de ofrecerte mis respetos te agradecería me dijeras el nombre de ese disfraz que tan bien te sienta.

— Es el traje exacto de la reina de Saba.

— ¿Quién será esa señora? — murmuró Jaime en éxtasis ante la baronesa, no obstante la presencia del recién llegado. Este observó, un sí es no es guasón, señalando al seno amplísimo de su esposa :

— Por lo visto la reina de Saba tenía la mala costumbre de revolcarse en el campo... y claro, todos los bichos se le pegaban al traje...

— Esto de los bichos es una moda, la última, la del día, ¿sabe usted?... Aunque no, ¡qué entienden los hombres de estas cosas!

El flamenco no contestó, limitándose á encogerse de hombros; él no entendía de modas, en efecto, pero sí comprendía perfectamente que su mujer era la estupidez personificada, la estultez hecha baronesa, y que en tales condiciones nada tan fácil como sacarle el dinero haciéndole aceptar cualquier guinapo á peso de oro, aun á riesgo de ponerla en ridículo.

— Y ese joven calaverón — dijo van Bruges designando á Jaime — ¿vá á ser tu acompañante al baile de esta noche?

— ¡Ah! — murmuró con apagada voz la baronesa. — Veo que sospechas de mí... ¡Sin duda estoy comprometida á tus ojos!... las apariencias me condenan...

Una formidable carcajada de van Bruges cortó la palabra á su atribulada esposa.

— ¡Sospechar de ti! ¡Qué disparate! — dijo en tono de profunda convicción.

— Es que no tendría nada de particular... ¡Ya se ve, como siempre estoy sola!... Pero puesto que hoy te encuentras en París, espero que me acompañarás al baile.

— Imposible, amiga mía; dentro de un momento salgo de nuevo para Bélgica... Y cree que lo siento, porque habría tenido mucho gusto en ir contigo... Decididamente el trajecito ese es delicioso.

— ¿Verdad que sí?... ¡Y tap sencillo! — exclamó la pobre mujer viendo cómo se alejaba su marido.

Una vez cerrada la puerta tras él, volvióse hacia Jaime, que continuaba inmóvil y sin saber qué partido tomar, y le dijo con acento de profunda desesperación :

— ¿Lo ve usted, joven, lo ve usted? ¡No puedo ser más desgraciada!

— O esta tía está loca de remate, — pensó Jaime — ó es una cómica de primera fuerza. ¡Qué desgracia ni qué niño muerto cuando se tienen esas carnes, y esa salud, y tanto dinero, y tanta libertad!

En un capítulo precedente hemos relatado cómo Enrique Bozzo, conocido con el nombre de Enrique de Corpo-Santo, el asesino fantasma á quien el terror popular hubo de calificar con el mote de *Carnicero de mujeres*, calificativo exacto de su pasión vergonzosa y sanguinaria, había dado cita á sus inocentes cómplices para pocas horas después, apenas cometido su último crimen en pleno París, con audacia extraordinaria.

¿Quiere esto decir que iba á quedar incumplida la venganza de Ali-Akmet?

El hecho de no manifestarse la divina justicia ¿sería la causa determinante de una nueva serie de crímenes?

No. Ni Ali-Akmet era hombre capaz de dejar incumplido un juramento prestado voluntariamente, ni las dos hijas de la argelina eran tampoco capaces de olvidar que su madre había muerto asesinada.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

La Navaja embrujada.

I. La argelina	1
II. Duelo en torno de un ataúd	10
III. La familia adoptiva	25
IV. Cambio de revelaciones	42
V. Ricardo Sabielo	54
VI. Mordedura de agonizante	69
VII. El tesoro	83

SEGUNDA PARTE

La Concha y el Estilete.

I. La hora del grog	101
II. Out competencia	117
III. Un guía singular	128
IV. Duelo al « requiem »	141
V. El juramento del shaif	158
VI. El guardián del tesoro	168
VII. Un nuevo padre	183
VIII. Lo que había sido de Enrique	190
IX. Asalto de armas	207
X. La manía de la baronesa	220
XI. Consejo de guerra	235
XII. El carnicero de mujeres	247
XIII. Toaleta de muchachas	265
XIV. Regocijo popular	277
XV. Toaleta de mujer madura	287

